

Derecho de sangre

Jim Butcher

Traducción:
Rebeca Rueda Salaices



Libros publicados de Jim Butcher

LA SAGA DE DRESDEN

1. Tormenta
2. Luna llena
3. La tumba
4. El caballero
5. Máscaras de muerte
6. Derecho de sangre

Próximamente:

7. *Dead Beat*

Título original: *Blood Rites*
Primera edición

© 2004, Jim Butcher

Ilustración de cubierta: Chris McGrath

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-637-7 Depósito legal: B-30414-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 9

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Para mis sobrinos Graig, Emily, Danny, Ellie, Gabriel, Lori, Anna, Mikey, Kaitlyn, Greta, Foster y el bebé que aún no tiene nombre. Espero que con el tiempo disfrutéis de la lectura tanto como vuestro tío.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a muchas personas por su incesante ayuda, sus ánimos y su paciencia conmigo: a June y Joy Williams de Buzzy Multimedia, a mi editora Jen, mi agente Jen, mi asesora Jen y a todas las Jens a las que antes no he mencionado, a los miembros de la lista de correo de McAnally, a los residentes de Beta-Foo Asylum, a los artistas (de todo tipo) que han compartido su trabajo e inspiración conmigo y con mucha otra gente, y finalmente a los críticos que han comentado mis libros; incluso las críticas más negativas me han proporcionado valiosos contactos, así que estoy en deuda con todos.

También necesito dar las gracias a mi familia por su continuo apoyo (o al menos por su paciencia). Ahora que he vuelto a Independence, tengo un montón de familiares a los que agradecer tantas cosas que no sabría por dónde empezar, pero quiero daros las gracias por vuestro amor y entusiasmo. Soy un tío afortunado.

Shannon y J. J. se llevan una mención especial, por supuesto. Viven conmigo. Se lo merecen. Como nuestro bichón, *Frost*, que me calienta los pies mientras escribo.

El edificio estaba en llamas y no era por mi culpa.

Mis botas crujieron y rechinaron sobre el suelo de baldosas al doblar a toda pastilla una esquina y correr hacia las puertas de aquel colegio abandonado del sudoeste de Chicago. Las lejanas farolas de la calle eran la única fuente de luz del polvoriento pasillo y dejaban enormes parches de oscuridad total sobre el suelo de las viejas aulas.

Llevaba en brazos una caja de madera labrada, más o menos del tamaño de una cesta para la ropa sucia. Pesaba lo suyo y los hombros ya empezaban a dolerme. Además, como a lo largo de mi vida me han disparado en ambos, aquellas molestias musculares rápidamente se convirtieron en profundos y desgarradores espasmos. La puñetera caja ya era una carga de por sí, sin contar con lo que contenía.

Dentro de la caja, unos cuantos cachorros grises y blancos de orejas caídas lloraban y gemían, balanceándose hacia delante y hacia atrás con cada una de mis zancadas. Uno de los perritos, marcado por una muesca en una oreja, fruto de algún percance propio de su especie, parecía ser más valiente o más tonto que el resto de la camada. Escaló por la caja hasta asomar las pezuñas por la tapa y soltó un agudo ladrido aderezado con gruñidos chirriantes, mientras fijaba sus grandes ojos oscuros en algo que se movía a mis espaldas.

Avivé el paso, el guardapolvos de cuero que me llegaba a la altura de las rodillas chocaba contra mis piernas. Escuché un siseo y un crujido, y me desvié hacia la izquierda como pude. Una bola de una sustancia apestosa que se parecía al alquitrán pasó volando junto a mí, envuelta en una llama amarillenta. Golpeó el suelo a varios metros y al momento explotó en un pequeño charco de fuego enfurecido.

Intenté esquivarlo, pero mis botas estaban hechas para caminar, no para correr a toda velocidad sobre baldosines polvorientos. Resbalé y caí. Intenté

controlar la caída como pude y acabé deslizándome sobre el trasero, de espaldas al fuego. Sentí el calor por un segundo, pero los conjuros con los que protegía mi abrigo evitaron que me quemara.

Logré esquivar por los pelos otra masa en llamas que avanzaba en mi dirección. Aquella sustancia, fuera lo que fuera, se pegaba como el napalm y ardía con tal fiereza sobrenatural que había convertido una docena de taquillas metálicas en un amasijo ardiente.

La bola me rozó el omóplato izquierdo y arrastró con ella los hechizos de protección de mi guardapolvos para acabar explotando contra la pared de al lado. Yo me agaché, perdí el equilibrio y la caja se me cayó. Todos los cachorros regordetes se desparramaron por el suelo con un coro de gemidos y aullidos de socorro.

Miré hacia atrás.

Los demonios guardianes parecían chimpancés desquiciados, de color violeta salvo por las alas negras de cuervo que les salían de los hombros. Eran los tres que habían escapado al hechizo de parálisis que con tanto cuidado había preparado y que ahora me seguían de cerca saltando por el pasillo con la ayuda de sus alas de plumas negras.

Mientras los observaba, uno de ellos se llevó la mano a la entrepierna y... Bueno, no quiero dar muchos detalles, pero sacó la clase de munición que los primates de los zoos utilizan tradicionalmente. El demonio mono me lo lanzó con un terrible graznido y se prendió fuego mientras volaba hacia mí. Tuve que agacharme para que aquella bola asquerosa de pringue incendiaria no me diera en las narices.

Recogí a los cachorros y los metí de nuevo en la caja. Me incorporé y salí corriendo. A mis espaldas, los monos demonios rompieron a aullar.

Escuché unos débiles ladridos y miré hacia atrás. El perrito de la muesca en la oreja había plantado con fuerza sus patitas en el suelo y ladraba desafiante a los monos demonios, que cada vez estaban más cerca.

—Mierda —dije y di media vuelta. El líder de los monos se lanzó a por el cachorro. Pero yo hice como los jugadores de béisbol, derrapé por el suelo con los pies por delante y planté el talón de mi bota en el hocico del mono. No estoy muy cachas, pero mido más de uno noventa y desde luego no soy un peso pluma. Golpeé al demonio con fuerza suficiente para arrancarle un grito de dolor y lograr que se apartara. Acabó chocando contra una taquilla de metal y dejó una abolladura de quince centímetros de profundidad.

—Qué bola de pelo más tonta —murmuré mientras recogía al perrito—. Por eso tengo un gato. —Corrí hacia la caja mientras el cachorro seguía con su derroche de feroces ladridos. Lo metí con los demás sin más ceremonias, esquivé dos o más bolas de fuego y reanudé la carrera mientras comenzaba a

toser a causa del humo que ya invadía el edificio. La luz crecía a mis espaldas, allí donde las llamas provocadas por los misiles de los monos comenzaban a devorar las paredes y el suelo, extendiéndose con rapidez.

Corrí hacia la puerta principal del viejo edificio y empujé la barra hacia abajo con la cadera sin apenas reducir la marcha. Pero entonces, algo me dio en la espalda y me tiró del pelo con fuerza. El mono demonio comenzó a mordirme el cuello y la oreja. Me dolió. Intenté darme la vuelta para quitármelo de encima, pero me tenía bien cogido. Sin embargo, gracias a que me revolví, pude ver como un segundo demonio se lanzaba contra mi cara y tuve tiempo de agacharme para esquivarlo.

Dejé caer la caja e intenté agarrar al demonio aferrado a mi espalda. Aulló y me mordió la mano. Furioso y dolorido, me di la vuelta, y me lancé de espaldas contra la pared más cercana. El demonio mono conocía esa táctica. Se apartó en el último segundo y me golpeé la base del cráneo contra una fila de taquillas metálicas.

Un montón de estrellitas me cegaron por un momento, y cuando por fin recuperé la visión, vi como dos de los demonios se lanzaban a por la caja de los cachorros. Los dos arrojaron sendas bolas en llamas y la madera se prendió fuego.

Cogí un viejo extintor que colgaba de la pared, y el mono que me atacó se lanzó de nuevo a por mí. Lo golpeé en el hocico con el extremo del extintor y lo dejé fuera de juego, luego le di la vuelta y rocié con una nube de polvo blanco la caja labrada. Conseguí apagar el fuego, pero para estar más seguro, descargué lo que quedaba sobre las caras de los dos demonios, con lo que se creó una gruesa nube de polvo blanco.

Tras coger la caja, salí del colegio y cerré la puerta tras de mí.

Hubo un par de golpes desde el otro lado de la puerta y luego se hizo el silencio.

Entre jadeos miré a los cachorros que lloraban dentro de la caja. Un puñado de hocicos, y ojos negros y húmedos me devolvieron la mirada manchados con el polvo blanco del extintor.

—Joder —les dije—. Tenéis suerte de que el hermano Wang os quiera tanto. Si no me hubiese pagado por adelantado, os pediría que me llevarais a mí.

Un montón de colas comenzaron a moverse de un lado a otro.

—Qué perros más tontos —gruñí. Alcé la caja de nuevo y avancé con ella en brazos hacia el viejo aparcamiento del colegio.

Estaba a medio camino cuando algo arrancó de cuajo las puertas de acero, en sentido contrario al de apertura. Un bramido potente y profundo surgió del interior del edificio y luego una versión extragrande de los monos demonios salió por la puerta haciendo que el suelo retumbara.

Era violeta. Tenía alas. Y parecía muy cabreado. Mediría por lo menos dos metros y medio y tenía que pesar seguramente cuatro o cinco veces más que yo. Mientras lo contemplaba, dos pequeños monos demonios volaron directamente hacia King Kong y fueron absorbidos por la masa del gran demonio al impactar contra él. Kong ganó otros treinta y cinco kilos y se hizo un poco más corpulento. Ya no era como King Kong, sino más bien como *Monozinger* Zeta. Seguramente fue así como los demonios guardianes consiguieron escapar a mi conjuro; vertieron toda su energía en una sola entidad y usaron la fuerza extra que proporciona una mayor densidad para romper mi hechizo.

Monozinger extendió unas alas de envergadura similar a la de un avión pequeño y se lanzó sobre mí con un movimiento increíblemente grácil. Como profesional de la investigación privada, me he enfrentado a muchos tipos de bestias. Con el paso del tiempo y la experiencia, he desarrollado con éxito un procedimiento estándar para tratar con monstruos grandes y desalmados: Salgo por piernas. Yo y Monty Python.

El aparcamiento y el Escarabajo azul, mi viejo y castigado Volkswagen, estaban a solo treinta o cuarenta metros, y yo puedo correr bastante rápido con la motivación adecuada.

Monozinger rugió y eso me motivó un montón.

Se produjo una pequeña explosión y a continuación un fognazo de luz roja más luminosa que las farolas que alumbraban la calle. Otra bola de fuego se estrelló contra el suelo a unos centímetros de mí y explotó como una bomba de cañón de la guerra de Secesión, dejando tras de sí un cráter en el pavimento del tamaño de un ataúd. El enorme demonio rugió, me adelantó batiendo sus alas negras de buitres y se dispuso a dar media vuelta para hacer otra pasadita.

—¡Thomas! —grité—. ¡Arranca el coche!

Se abrió la puerta del acompañante y un joven asquerosamente guapo con el pelo oscuro, vaqueros ajustados y una chupa de cuero desgastada y abierta sobre el pecho desnudo, sacó la cabeza y me miró por encima del cristal verde de sus gafas. Luego alzó la vista y vio lo que se me venía encima. Se quedó paralizado y con la boca abierta.

—¡Qué arranques el puñetero coche! —grité.

Thomas asintió con la cabeza y se metió de nuevo en el Escarabajo. El coche tosió, rechinó y volvió a la vida entre convulsiones. El faro que aún sobrevivía se encendió, Thomas pisó a fondo y salió del aparcamiento.

Durante un segundo pensé que me iba a dejar tirado, pero redujo la velocidad lo suficiente para que pudiera alcanzarlo. Luego se inclinó a la derecha y abrió la puerta del acompañante. Con un rugido de esfuerzo salté al interior del coche. Por poco se me cae la caja, pero la sujeté justo antes de

que el cachorro de la oreja mellada se asomara al borde, dispuesto a volver a la batalla.

—¿Qué coño es eso? —gritó Thomas. Su oscura melena rizada y brillante comenzó a azotarle la cara y los hombros, a medida que el coche ganaba velocidad y el frío aire otoñal se colaba a través de las ventanillas bajadas. Sus ojos grises estaban desorbitados por el miedo—. ¿Qué es eso, Harry?

—¡Tú conduce! —grité. Coloqué la caja de cachorros llorosos en el asiento de atrás, agarré mi varita mágica, saqué medio cuerpo por la ventanilla abierta y acabé sentado en ella, con el pecho pegado al techo del coche. Me giré para coger la varita con la mano derecha y enfrentarme al demonio.

Reuní mi voluntad, mi magia, y el extremo de la varita comenzó a brillar con una luz rojo cereza.

Estaba a punto de liberar mi energía cuando vi como el demonio se lanzaba en picado con otra bola de fuego en la mano, dispuesto a tirarla contra el coche.

—¡Cuidado! —grité.

Thomas debió de verlo por el espejo retrovisor. El Escarabajo giró bruscamente y la bola de fuego chocó contra el asfalto, originando una explosión de llamas y una onda expansiva que rompió todas las ventanas a ambos lados de la calle. Thomas consiguió esquivar un coche aparcado subiéndose a la acera, pero el Escarabajo comenzó a dar peligrosos tumbos que casi le hacen perder el control. Con todo aquel movimiento estuve a punto de caerme de mi puesto en la ventanilla. Comenzaba a preguntarme qué posibilidades tenía de aterrizar sobre algo blando cuando sentí como Thomas me cogía del tobillo. Me agarró y tiró de mí hacia el interior del coche con una fuerza que habría sorprendido a cualquier otro que desconociera su verdadera naturaleza.

Ahora estaba seguro de no caerme, así que cuando el demonio volvió a lanzarse sobre nosotros, apunté con mi varita mágica y grité:

—¡Fuego!

Una lanza de fuego casi blanco salió de la punta de mi varita mágica y cruzó el aire de la medianoche iluminando la calle como un relámpago. Con lo que se estaba moviendo el coche, pensé que fallaría, pero contra todo pronóstico la llama alcanzó de lleno a Monozinger en el estómago. El bicho gritó, se revolvió y cayó desplomado al suelo. Thomas volvió al asfalto de la carretera.

El demonio hizo ademán de incorporarse.

—¡Para el coche! —grité.

Thomas pisó el freno a fondo y casi consigue convertirme en puré de mago sobre la acera. Me agarré con todas mis fuerzas, pero para cuando recuperé el equilibrio, el demonio ya se había puesto de nuevo en pie.

Gruñí de pura frustración, preparé otra andanada y apunté con cuidado.

—¿Qué haces? —gritó Thomas—. Está tocado, ¡vámonos!

—No —contesté—. Si lo dejamos aquí, la tomará con cualquiera.

—¡Pero no con nosotros!

Hice oídos sordos a las quejas de Thomas y me preparé para volver a disparar canalizando toda mi energía hacia la varita hasta que saltaron chispas y comenzó a salir humo por toda su superficie.

Después, me dispuse a darle entre ceja y ceja.

El fuego lo alcanzó como una bola de derribo, golpeándolo justo en la barbilla. La cabeza del demonio explotó en una nube de vapores luminosos de color violeta y centellas de luz roja en lo que, debo reconocer, fue un espectáculo bastante chulo.

Los demonios que se adentran en el mundo mortal no tienen cuerpo propiamente dicho, sino una recreación, algo así como un traje, y mientras la conciencia del demonio no deje ese cuerpo ficticio, su aspecto es totalmente real. Que le vuelen a uno la cabeza supone un desgaste demasiado grande para que la energía vital de un demonio pueda mantener la ilusión. El cuerpo de Monozinger se agitó en el suelo durante unos segundos y luego la forma terrenal del demonio King Kong dejó de moverse y comenzó a derretirse hasta transformarse en una masa grumosa de gelatina traslúcida: ectoplasma, materia del Más Allá.

La oleada de alivio que me invadió hizo que me mareara un poco, y volví al Escarabajo dando traspiés.

—Perdona si me repito —dijo Thomas entre jadeos un poco después—, pero ¿qué-coño-era-eso?

Me derrumbé sobre el asiento todavía sin resuello. Me puse el cinturón y comprobé que los cachorros y su caja estaban intactos. Así era. Luego cerré los ojos con un suspiro.

—Shen —dije—. Criaturas espirituales chinas. Demonios. Metaformos.

—¡Joder, Dresden! ¡Casi consigues que me maten!

—No seas quejica. No te ha pasado nada.

Thomas me miró furioso.

—¡Por lo menos me podrías haber avisado!

—Pero si te lo dije —repuse—. En Mac's te dije que te llevaría a casa, pero que antes tenía que hacer un recado.

Thomas me fulminó con la mirada.

—Un recado es llenar el depósito de gasolina, comprar un cartón de leche, esas cosas. No huir de un gorila con alas, morado y pirómano, que nos lanza boñigas incendiarias.

—La próxima vez coge el tren.

—¿Adónde vamos? —preguntó todavía enfadado.

—Al aeropuerto.

—¿Por qué?

Señalé con la mano el asiento de atrás.

—Tengo que devolver la propiedad robada a mi cliente. Quiere llevárselos al Tíbet cuanto antes.

—¿No te estarás dejando nada en el tintero, verdad? ¿Unos canguros ninja o algo así?

—Quería que supieras lo que se siente —dije.

—¿Qué quieres decir?

—Venga, Thomas. Tú nunca vas a Mac's para pasar el rato con los colegas. Estás forrado, tienes contactos, y eres un puñetero vampiro. No me necesitabas para llevarte a casa. Podrías haber cogido un taxi, una limusina, o convencer a alguna mujer para que te hiciera el favor.

Thomas dejó de fruncir el ceño y su rostro se convirtió en una cauta máscara inexpresiva.

—Ya. Entonces, ¿por qué estoy aquí?

Me encogí de hombros.

—No pareces muy dispuesto a lanzarte sobre mí, así que supongo que quieres hablar.

—Qué intelecto más agudo. Deberías hacerte detective privado o algo así.

—¿Te vas a quedar ahí insultándome, o me lo vas a contar?

—Vale —dijo Thomas—. Necesito un favor.

Resoplé.

—¿Qué favor? ¿Se te olvida que en teoría estamos en guerra? Magos contra vampiros, ¿te suena de algo?

—Si quieres, podemos imaginar que esto es una táctica subversiva que forma parte de un terrible y elaborado plan destinado a manipularte —contestó Thomas.

—Vale —dije—. Porque si me tomo la molestia de empezar una guerra y tú no te das por aludido, herirías mis sentimientos.

Sonrió.

—Seguro que no sabes de qué parte estoy.

—Claro que sí —resoplé—. De la tuya.

Su sonrisa se ensanchó. Thomas tiene una de esas sonrisas superblancas y encantadoras que hacen que las bragas de las mujeres desaparezcan por combustión espontánea.

—Cierto, pero te he hecho varios favores en estos últimos años.

Fruncí el ceño. Era verdad, aunque nunca entendí por qué.

—Sí, ¿y?

—Y ahora te toca a ti —dijo—. Te he ayudado y quiero cobrarme el favor.

—Ya. ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que aceptes el caso de un conocido mío. Necesita tu ayuda.

—No tengo tiempo —dije—. Tengo que ganarme la vida.

Thomas se quitó de un manotazo un trozo de mono flambeado y lo tiró por la ventanilla.

—¿A esto lo llamas vida?

—Esto es una parte de la vida. Quizá te suene el concepto, es conocido como «trabajo». Verás, funciona así: tú sufres haciendo una serie de cosas molestas y humillantes, y a cambio te dan dinero, aunque poco. Como en los programas de televisión japoneses, solo que sin toda esa gloria.

—Habló el proletario. No te pido que trabajes gratis. Te pagaré.

—Ya —murmuré—. ¿Por qué necesita ayuda?

Thomas frunció el ceño.

—Piensa que alguien intenta matarlo. Yo creo que tiene razón.

—¿Por qué?

—Se han producido varias muertes sospechosas en su entorno.

—¿Cómo cuáles?

—Hace dos días envió a su conductora, una chica llamada Stacy Willis, a buscar sus palos del golf al coche para hacer un par de hoyos antes de comer. Willis abrió el maletero y se abalanzaron sobre ella unas veinte mil abejas que de alguna manera lograron colarse en la limusina durante el lapso que transcurrió desde que llegó a la puerta de la casa y volvió.

Asentí con la cabeza.

—Ajá. Desde luego es sospechoso. Repugnantemente sospechoso.

—A la mañana siguiente, su asistente personal, una joven llamada Sheila Barks, fue atropellada por un coche que se dio a la fuga. Murió en el acto.

Fruncí los labios.

—Eso no es tan raro.

—Estaba haciendo esquí acuático.

Lo miré atónito.

—¿Cómo pudo ocurrir algo así?

—Según parece pasaba por debajo de un puente cuando un coche se salió de la carretera y aterrizó encima.

—¡Ag! —dije—. ¿Alguna idea de quién puede estar detrás?

—No. ¿Crees que es una maldición entrópica? —preguntó Thomas.

—Si es así, es de las chapuceras. Aunque desde luego muy potente. Las muertes son bastante espectaculares. —Eché un vistazo a los cachorros. Se habían hecho un ovillo entre todos y dormían. El cachorro de la oreja mellada estaba encima del montón. Abrió los ojos y me dedicó un soñoliento gruñido de aviso. Después se volvió a dormir.

Thomas miró la caja en el asiento de atrás.

—Qué bolitas de pelo tan monas, ¿qué son?

—Perros guardianes de no sé qué monasterio del Himalaya. Alguien se los llevó y los trajo aquí. Los monjes me contrataron para recuperarlos.

—¿Por qué? ¿No tienen perreras en el Tíbet?

Me encogí de hombros.

—Creen que estos perros son de estirpe Fu.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Que saben artes marciales?

Resoplé, saqué la mano por la ventanilla con la palma hacia abajo y comencé a moverla hacia delante y hacia atrás, como si fuera un ala flotando en el viento que desplazaba el Escarabajo.

—Los monjes piensan que descienden de un espíritu animal divino. El espíritu guardián celestial. Son perros de Fu. Creen que eso los hace especiales.

—¿Y es verdad?

—¿Y cómo voy a saberlo, tío? Yo aquí solo soy un mandao.

—Menudo mago estás hecho.

—El universo es bastante grande —dije—. No lo puedo saber todo.

Thomas guardó silencio un rato mientras la carretera susurraba a nuestro paso.

—Oye, ¿te puedo preguntar qué le ha pasado a tu coche?

Eché un vistazo al interior del Escarabajo, que ya no se parecía al de los demás Volkswagen. Las fundas de los asientos habían desaparecido, al igual que el relleno. De la misma manera que la moqueta del suelo y unos grandes trozos del salpicadero hecho de madera. Quedaba aún un poco de vinilo, algo de plástico, y todo lo que estaba hecho de metal, pero de lo demás, ni rastro.

Yo había hecho unas cuantas reparaciones provisionales con tablas, hierros, espuma barata que compré en la sección de acampada del súper y un montón de cinta adhesiva. Todo aquello le daba al coche un toque postmoderno, y con esto quiero decir que parecía un superviviente de un cataclismo nuclear.

Por otro lado, el interior del Escarabajo estaba muy, muy limpio. Yo siempre procuro ver el lado positivo de las cosas.

—Demonios fúngicos —dije.

—¿Unos demonios fúngicos se comieron tu coche? —preguntó.

—Más o menos. Aparecieron en el interior del coche y utilizaron todo el material orgánico que vieron para fabricarse sus cuerpos.

—¿Los convocaste tú?

—¡Uf, qué va! Me los envió hace unos meses el malo de turno.

—Yo pensaba que había sido un verano tranquilo.

—Tengo una vida, tío. Y además de vérmelas con semidioses, mediar entre naciones en guerra y resolver misterios procurando no acabar muerto, hago otras cosas. —Thomas alzó una ceja.

—¿Como vértelas con demonios fúngicos y caca de mono en llamas?

—¿Qué quieres? Yo en lo mío soy lo más.

—Ya. Oye, Harry, ¿te puedo preguntar una cosa?

—Supongo.

—¿De verdad salvaste al mundo? Porque con la última ya serían dos veces seguidas.

Me encogí de hombros.

—Más o menos.

—Se dice por ahí que te cargaste a una princesa hada y que evitaste que estallara la guerra entre Invierno y Verano —dijo Thomas.

—Mi intención era salvar mi culo, pero resultó que el mundo estaba en el mismo sitio.

—Gracias por ser tan gráfico, tendré pesadillas con esa imagen —dijo Thomas—. ¿Y qué pasó con los demonios infernales del año pasado?

Negué con la cabeza.

—Pretendían desatar una horrible plaga, aunque no habría durado mucho. Su idea era provocar después el apocalipsis. Sabían que no tenían muchas probabilidades, pero estaban dispuestos a intentarlo de todas formas.

—Como cuando juegas a la lotería —dijo Thomas.

—Sí, algo así. La lotería genocida.

—Y tú los detuviste.

—Yo contribuí a detenerlos y sobreviví para contarlo. Pero no hubo un final feliz.

—¿Ah, no?

—No me pagaron. En ninguno de los dos casos. Gano más dinero con la caca de mono en llamas. Es bastante absurdo, la verdad.

Thomas rió un poco y negó con la cabeza.

—No lo entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—Por qué lo haces.

—¿Hacer el qué?

Se arrellanó en el asiento del conductor.

—Todo este rollo de Llanero Solitario que te traes. En cuanto te despistas, te dan más golpes que a una estera y apenas te puedes ganar la vida con el trabajo de detective. Vives en un apartamento húmedo y pequeño que más bien parece una cueva. Estás solo. No tienes mujer, no tienes amigos, y conduces este montón de chatarra. Tu vida es bastante patética.

—¿Es eso lo que piensas? —pregunté.

—Estoy siendo totalmente sincero.

Me reí.

—¿Por qué crees que lo hago?

Se encogió de hombros.

—Solo se me ocurren dos posibilidades: o te consume un profundo y sádico odio hacia tu propia persona, o estás loco. Y porque te doy el beneficio de la duda dejo fuera de la lista la estupidez crónica.

Seguí sonriendo.

—Thomas, no me conoces. No tienes ni idea de quién soy.

—Pues yo creo que sí. Te he visto bajo presión.

Me encogí de hombros.

—Sí, pero ¿con qué frecuencia? ¿Quizá un día o dos al año? Y generalmente siempre es cuando algún ser ha estado calentándome, zurrándome la badana con la idea de matarme después.

—¿Y?

—Que eso no refleja cómo es mi vida los trescientos sesenta y tres días restantes —dije—. No lo sabes todo sobre mí. No solo vivo para la magia violenta y la piromanía creativa de Chicago.

—¡Ah, es verdad! Tengo entendido que viajaste a la exótica Oklahoma hace unos meses por algo relacionado con un tornado y el Laboratorio Nacional de Tormentas Violentas.

—Era un favor para la señora del Verano. Fui en busca de una sílfide de tormenta rebelde. Iba a todas partes montado en uno de esos todoterrenos con los que se persiguen tornados. No veas la cara que puso el conductor cuando se dio cuenta de que el tornado nos perseguía a nosotros.

—Una historia muy bonita, Harry, pero ¿por qué me la cuentas? —preguntó Thomas.

—Para que veas que hay cosas de mi vida que desconoces. Tengo amigos.

—Cazadores de monstruos, licántropos y una calavera parlanchina.

Negué con la cabeza.

—No solo eso, además me gusta mi apartamento. E incluso me gusta mi coche.

—¿Te gusta esta... chatarra?

—Puede que no parezca gran cosa, pero tiene lo que hay que tener, chaval. Thomas se arrellanó aún más en el asiento con expresión escéptica.

—Ahora me veo obligado a reconsiderar la opción de la estupidez crónica. Me encogí de hombros.

—Mi Escarabajo azul y yo somos la caña. Dentro del mundo de los cuatro cilindros, pero la caña.

El rostro de Thomas perdió toda expresión.

—¿Y qué me dices de Susan?

Cuando me enfado me gustaría ser capaz de poner esa cara de póquer, pero a mí no me sale tan bien.

—¿Qué pasa con ella?

—La querías. Dejaste que formara parte de tu vida. Pero por tu culpa acabó mal. Se fijaron en ella cierta clase de criaturas indeseables y casi le cuesta la vida. —Continuó sin apartar los ojos de la carretera—. ¿Cómo puedes vivir con algo así sobre tus hombros?

Comenzaba a enfadarme, pero tuve un extraño momento de lucidez y mi ira se evaporó antes de que llegara a condensarse. Estudié el perfil de Thomas en un semáforo y vi como se esforzaba por mantener la mirada distante, como si nada de aquello le tocara de cerca. Lo que quería decir que le afectaba. Estaba pensando en alguien importante para él, y sabía muy bien de quién se trataba.

—¿Qué tal está Justine? —pregunté.

Sus rasgos se enfriaron aún más.

—Eso no es importante.

—Vale, pero ¿cómo está?

—Soy un vampiro, Harry. —Su voz sonó gélida y lejana, pero no pudo ocultar su desasosiego—. Es mi novi... —Se trabó con la palabra e intentó disimularlo con una tos—. Es mi amante. Es comida. Y no hay más que hablar.

—¡Ah! —repuse—. Me cae bien, ¿sabes? Desde que me chantajeó para echarme una mano en la fiesta de Bianca. Fue muy valiente.

—Sí —dijo—. Valor le sobra.

—¿Cuánto tiempo llevas saliendo con ella?

—Cuatro años —respondió Thomas—, casi cinco.

—¿Y no has estado con nadie más?

—No.

—Burger King —dije.

Thomas me miró confundido.

—¿Qué?

—Burger King —repetí—. Me gusta comer en Burger King. Pero aunque pudiera permitírmelo, no comería allí todos los días durante casi cinco años.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Thomas.

—Quiero decir que resulta bastante obvio que Justine es algo más que comida para ti, Thomas.

Giró la cabeza y me observó fijamente durante un momento con ojos vacíos, extrañamente inhumanos.

—No es cierto. No puede serlo.

—¿Y por qué no te creo? —dije.

Thomas me miró, su expresión se terminó de endurecer.

—Déjalo. No quiero hablar de eso.

Decidí no presionarlo. Se esforzaba demasiado en ocultarlo, así que sabía que era todo fachada. Pero si no quería hablar del tema, no podía obligarlo.

Además, tampoco quería. Thomas era el típico listillo con la habilidad de despertar el instinto asesino en todo aquel que lo conocía, y cuando tengo tanto en común con alguien, no puedo evitar que me caiga bien. Así que decidí dejarlo tranquilo.

Por otro lado, me olvidaba con demasiada facilidad de su verdadera naturaleza y no me lo podía permitir. Thomas era un vampiro de la Corte Blanca. Los blancos no beben sangre. Se alimentan de emociones, de sentimientos y a través de ellos, absorben la energía vital de sus víctimas. Hasta donde yo sabía, lo hacían mientras mantenían relaciones sexuales, y muchos creían que podrían seducir a un santo. Vi una vez a Thomas alimentándose y fuera lo que fuera lo que le hacía inhumano, se apoderaba por completo de él. Lo convertía en un ser hecho de hambre; una criatura fría, hermosa y blanca como el mármol. La verdad, es un recuerdo bastante espeluznante.

Los blancos no eran tan fuertes ni estaban tan organizados, o militarizados, como los de la Corte Roja, pero no sufrían de sus típicas flaquezas. La luz del sol no suponía un problema para Thomas y, por lo que había visto, las cruces y otros objetos sagrados tampoco tenían efecto sobre él. Pero solo porque no fueran tan inhumanos como los otros vampiros, no quería decir que los blancos fueran menos peligrosos. De hecho, tal y como yo lo veía, en muchos casos los convertía en una amenaza aún mayor. Sé cómo actuar cuando un bicho baboso e infernal surge de repente, pero con alguien que parece casi humano suelo bajar la guardia.

Y siguiendo ese hilo argumental, caí en la cuenta de que estaba a punto de aceptar el caso como si Thomas fuera un cliente más. No se puede decir que fuera una decisión muy inteligente y desde luego había muchas posibilidades de que me condujera a situaciones poco saludables.

Se quedó callado de nuevo. Ahora que había dejado de gritar y de luchar por mi vida, el coche comenzó a parecerme un lugar desapaciblemente frío. Subí la ventanilla para que no entrara más aire otoñal.

—Bueno —dijo—. ¿Me vas a ayudar?

Suspiré.

—Ni siquiera debería estar en el mismo coche que tú. Bastantes problemas tengo ya con el Consejo Blanco.

—¡Oh, a tu gente no le gustas! Pobrecito.

—Que te den —dijo—. ¿Cómo se llama?

—Arturo Genosa. Es un productor de cine y está creando su propia empresa.

—¿Le has puesto sobre aviso?

—Más o menos. Es un tío normal, pero muy supersticioso.

—¿Por qué quieres que lo vea?

—Necesita tu ayuda, Harry. Si no le echas una mano, no creo que sobreviva una semana.

Miré a Thomas extrañado.

—Las maldiciones entrópicas ya resultan complicadas cuando son precisas, así que no digamos las chapuceras. Si intento desviarla, podría poner en peligro mi vida.

—Yo me la he jugado por ti.

Pensé en sus palabras por un momento. Luego dije:

—Sí, es cierto.

—Y tampoco te pedí dinero a cambio.

—Está bien —dije—. Hablaré con él. Pero no te garantizo nada. Aunque si acepto el caso, me tendrás que pagar por hacerlo, además de lo que ese tal Arturo me ofrezca.

—¿Así es como tú devuelves los favores?

Me encogí de hombros.

—Sal del coche.

Negó con la cabeza.

—Vale, cobrarás el doble.

—No —dije—. No quiero dinero.

Alzó una ceja y me miró por encima de los cristales de sus modernas gafas verdes.

—Quiero saber por qué —dije—. Quiero saber por qué me has estado ayudando. Si acepto el caso, me lo tienes que explicar.

—No me creerías.

—Ese es el trato. Lo coges o lo dejas.

Thomas frunció el ceño y condujo varios minutos en silencio.

—Vale —dijo entonces—. Trato hecho.

—Bien —respondí—. Venga esa mano.

Nos estrechamos las manos. Sus dedos estaban muy fríos.

Fuimos al aeropuerto O'Hare. El hermano Wang me esperaba en la capilla de la terminal internacional. Era un hombre asiático bajo y delgado que vestía una túnica del color del atardecer. Su cabeza calva brillaba y hacía que fuera difícil calcular su edad, aunque su rostro estaba surcado por las arrugas de alguien que sonreía a menudo.

—*Señora don* Dresden —dijo con una amplia sonrisa en cuanto me vio con la caja llena de cachorros dormidos—. Los perritos nos has traído para nosotros.

El inglés del hermano Wang era peor que mi latín, lo que ya es decir, pero su lenguaje corporal era inequívoco. Le devolví la sonrisa y le ofrecí la caja con una inclinación de cabeza.

—Ha sido un placer.

Wang cogió la caja, la dejó con cuidado en el suelo y comenzó a comprobar su contenido. Mientras esperaba, eché una ojeada al pequeño oratorio. Era una sobria habitación diseñada para la meditación, para que aquellos que creían en algo tuvieran un sitio donde manifestar su fe. El aeropuerto había redecorado la sala con una moqueta azul en lugar de la beis que había antes. También habían pintado las paredes y colocado un nuevo atril en la parte frontal, además de media docena de bancos acolchados.

Supongo que cuando hay tanta sangre, siempre queda alguna mancha, no importa cuánto disolvente utilices.

Pisé el lugar donde un amable anciano dio su vida por salvar la mía. Me puso triste, pero no sentí amargura. Si tuviéramos que hacerlo de nuevo, él y yo tomaríamos las mismas decisiones. Solo lamentaba no haber podido conocerlo mejor. No todos los días se encuentra a alguien que te pueda dar una lección de fe sin decir ni una palabra.

El hermano Wang frunció el ceño al ver a los cachorros manchados de polvo blanco y alzó una mano empolvada con expresión inquisitiva.

—¡Huy! —dije.

—¡Ah! —respondió Wang, asintiendo—. ¡Huy! Vale, huy. —Miró la caja algo confuso.

—¿Pasa algo?

—¿*Segura* están todos los perritos *en dentro*?

Me encogí de hombros.

—Saqué todos los que había en el edificio. No sé si alguien se llevó alguno antes de que yo llegara.

—Vale —dijo el hermano Wang—. Menos *más mejor* que nada. —Se enderezó y me ofreció la mano—. Muchas gracias de mis hermanos.

Se la estreché.

—De nada.

—El avión sale ya a casa. —Wang se llevó la mano a la túnica y sacó un sobre. Me lo dio, hizo una inclinación, luego cogió la caja de los perritos y salió de la sala.

Conté el dinero del monje, lo que da idea de mi escepticismo. Me había hecho con una buena suma con aquel caso. Primero tuve que descubrir el rastro del hechicero que había robado los cachorros, luego seguirlo y hacer guardia hasta averiguar cuándo salía a cenar. Necesité casi una semana, trabajando diecisiete horas diarias, para descubrir el lugar exacto donde había escondido a los perros. Me pidieron que los sacara de allí, así que tuve que identificar a los demonios que los custodiaban y crear un hechizo para neutralizarlos sin prender fuego al edificio, por ejemplo. ¡Huy!

Al final la suma total ascendía a dos hermosos montoncitos de billetes de cien. Les cargué un montón de horas por la investigación, además de un suplemento por sacarlos de allí. Si hubiera sabido lo de las boñigas en llamas habría aumentado el precio. Hay cosas que llevan recargo.

Volví al coche. Thomas estaba sentado sobre el capó del Escarabajo. Ni siquiera se había molestado en dejarlo en la plaza de aparcamiento, sino que había estacionado sobre la acera en una zona de carga fuera de la terminal. Una oficial de policía se había acercado para decirle que lo moviera, pero era una mujer bastante atractiva y Thomas era Thomas. Le quitó la gorra y se la puso un poco ladeada. La agente parecía muy relajada y reía cuando llegué al coche.

—Oye —dije—. Vámonos. Tengo cosas que hacer.

—Vale —dijo, quitándose la gorra y devolviéndosela a la agente con una pequeña inclinación—. A no ser que me quieras arrestar, Elizabeth.

—Por esta vez pase —contestó la oficial.

—Maldita sea mi suerte —dijo Thomas.

Ella le sonrió y a mí me miró con el ceño fruncido.

—¿No eres Harry Dresden?

—Sí.

La agente asintió con la cabeza mientras se ponía la gorra.

—Eso me parecía. La teniente Murphy dice que eres buena gente.

—Gracias.

—No era un cumplido. Hay mucha gente que no soporta a Murphy.

—Vaya —dije—. Me pongo rojo con tanto pipopo.

La agente arrugó la nariz.

—¿A qué huele?

—A caca de mono chamuscada —dije con rostro impasible.

Me miró con desconfianza por un segundo para ver si le estaba tomando el pelo y luego puso los ojos en blanco. La poli subió a la acera y se alejó caminando. Thomas se bajó de un salto y me tiró las llaves. Las cogí y ocupé el asiento del conductor.

—Vale —dije cuando se hubo sentado—. ¿Dónde puedo encontrar al tipo este?

—Esta noche da una pequeña fiesta para el equipo de la película en un apartamento de Gold Coast. Habrá bebida, música, algo para picar, esas cosas.

—Algo para picar —dije—. Me apunto.

—Pero prométeme que no te llenarás los bolsillos de cacahuets y galletas.

—Thomas me dio la dirección de un bloque de apartamentos bastante pijos a unos cuantos kilómetros al norte y nos pusimos en camino. No dijo nada durante el viaje.

—Aquí gira a la derecha —dijo por fin. Luego me dio un sobre blanco—. Entrega esto a los de seguridad.

Giré donde me había indicado Thomas y me incliné para ofrecer el sobre al guardia que se encontraba en la caseta, a la entrada del aparcamiento.

De repente escuché un gruñido agudo y burbujeante justo debajo de mi asiento. Me estremecí.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Thomas.

Me acerqué a la caseta y detuve el coche. Convoqué mis sentidos de mago y los dirigí hacia la fuente de aquel gruñido continuo.

—Mierda, creo que es uno de...

Una especie de frío grasiento y nauseabundo inundó mi percepción, dejándome sin aliento. Con él capté un vago olor a osario, sangre rancia y carne putrefacta. Me quedé paralizado cuando vi de dónde provenía aquella sensación.

La persona a la que había tomado por guarda de seguridad era un vampiro de la Corte Negra.

Fue en su día un hombre joven. Sus rasgos me resultaban familiares, pero la deshidratación de su piel le había dejado el rostro demasiado demacrado para

estar seguro. El vampiro no era alto. La muerte lo había consumido hasta convertirlo en la descarnada caricatura de un ser humano. Tenía los ojos cubiertos por un velo de legañas blancas, y jirones de carne muerta pendían de sus pútridos labios, balanceándose sobre sus dientes amarillos. El pelo, como quebradiza hierba seca, se elevaba sobre su cabeza y estaba cubierto por una especie de moho u hongo.

Me agarró con una rapidez inhumana, pero mis sentidos de mago me habían avisado con tiempo para evitar, por poco, que sus dedos esqueléticos se cerraran sobre mi muñeca. El vampiro se quedó con el extremo de la manga de mi guardapolvos de cuero entre los dedos. Aparté el brazo, pero el vampiro tenía tanta fuerza en las yemas de los dedos como yo en toda la parte superior de mi cuerpo. Tuve que tirar con fuerza y retorcer los hombros para liberarme. Ahogué un grito que la repentina oleada de miedo convirtió en un débil chillido.

El vampiro se abalanzó sobre mí a través de la ventana de la caseta como una serpiente deshidratada. Tuve un momento de pánico al darme cuenta de que si se acercaba lo suficiente estando yo aún dentro del coche, tendrían que esforzarse para despegar mis órganos de aquel amasijo de metal y piezas de repuesto.

Y yo no era lo bastante fuerte para evitarlo.

Los sentidos de Thomas evidentemente no podían compararse con los míos porque el vampiro de la Corte Negra tenía ya medio cuerpo dentro del Escarabajo cuando por fin exclamó atónito:

—¡Joder!

Intenté golpearlo en la cara con el codo izquierdo. Sabía que no podía herirlo, pero quizá así ganara algo de tiempo. Le di de lleno y conseguí que girara la cabeza hacia un lado. Mientras tanto con la otra mano busqué una caja situada en el suelo, entre los dos asientos, justo al lado del freno de mano. Dentro guardaba el arma que quizá evitara que me hiciera cachitos. El vampiro se aferró a mí con sus manos esqueléticas, sus uñas se clavaban como garras. Si no hubiera protegido mi guardapolvos con varios conjuros, me habría destrozado el pecho y me habría sacado el corazón con una sola mano. Pero gracias al potente hechizo que reforzaba el cuero, mi abrigo aguantó durante uno o dos segundos, el tiempo suficiente para que yo contraatacara.

Los vampiros de la Corte Negra existen desde el albor de la memoria humana. Tienen todos los poderes que describe Stoker en su libro, pero también todas las debilidades: ajo, símbolos de fe, la luz del sol, agua en movimiento, fuego, decapitación. El libro de Bram Stoker sirvió para que todo el mundo supiera cómo acabar con ellos, y casi fueron exterminados a principios del siglo xx. Solo sobrevivieron los más inteligentes, los más rápidos, los más despiadados de su especie, aquellos con siglos de experiencia en asuntos de vida y muerte. Sobre todo en asuntos de muerte.

Pero a pesar de su longevidad, dudo mucho que a ninguno de ellos lo atacaran con un globo lleno de agua.

O al menos no con un globo lleno de agua bendita.

Siempre llevo tres a mano en el coche, dentro de una caja. Cogí uno, lo escondí en la palma de la mano y se lo arrojé con fuerza a la cara. El globo se

rompió y el agua bendita se esparció por toda su cabeza. Cuando alcanzó al vampiro, se produjo un fogonazo de luz plateada y la carne muerta de repente apareció envuelta en unas llamas blancas y frías, tan brillantes como una bengala de magnesio.

El no muerto dejó escapar un grito ronco y rancio, y comenzó a convulsionar de dolor. Después se apartó, moviéndose como un bicho medio muerto. Golpeó sin querer el volante con un brazo y el metal se dobló con un crujido.

—¡Thomas! —grité—. ¡Ayúdame!

Ya se había puesto en marcha. Se arrancó el cinturón de seguridad, subió las rodillas a la altura del pecho y giró a la izquierda. Con un grito lanzó ambos pies contra la cara del vampiro. Thomas no era rival para un no muerto de la Corte Negra, pero aun así, seguía siendo muy fuerte. La patada sacó al vampiro del coche y lo empotró contra la pared de madera de la caseta del guarda.

El agudo y burbujeante gruñido se convirtió en una serie de pequeños aunque feroces ladridos mientras el vampiro se revolvió débilmente. Intentó levantarse, con los ojos totalmente desorbitados y cubiertos de legañas blancas. Le faltaba un cuarto de su cabeza, aproximadamente, desde la oreja izquierda hasta la comisura de la boca. Los bordes de las quemaduras producidas por el agua bendita brillaban con una tenue llama dorada. Asquerosos cuajarones de un fluido blanco y grumoso salían de sus heridas.

Cogí otro globo de agua y alcé el brazo para lanzárselo.

El vampiro dejó escapar un sibilante alarido de rabia y terror, tras el cual se dio media vuelta y atravesó la pared negra de la caseta sin que le supusiera un gran esfuerzo. Se alejó corriendo por la calle.

—Se escapa —dijo Thomas mientras intentaba poner en marcha el coche.

—No —grité por encima de los ladridos—. Es una trampa.

Thomas pareció dudar.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé quién es ese tío —repuse—. Estuvo en la fiesta de Bianca. Solo que entonces estaba vivo.

Thomas empalideció aún más, si eso era posible.

—¿Es uno de los que convirtió esa zorra chalada de la Corte Negra? ¿La que iba vestida como el psiquiatra de Hamlet?

—Se llama Mavra. Y sí.

—Mierda —murmuré—. Tienes razón. Es una trampa. Probablemente esté escondida por aquí, observándonos, esperando a que salgamos corriendo hacia algún callejón oscuro.

Intenté mover el volante. Estaba un poco duro, pero aún funcionaba. Bendito y todopoderoso Escarabajo azul. Encontré una plaza de aparcamiento y detuve el coche. Los ladridos del cachorro de nuevo se transformaron en feroces gruñidos.

—Mavra no necesita un callejón oscuro. Tiene mucho talento para los velos. Podría estar sentada en el capó y no la veríamos.

Thomas se humedeció los labios sin apartar la vista del aparcamiento.

—¿Crees que ha venido a por ti?

—Claro, ¿por qué no? Conseguí con engaños que no destruyera la espada *Amoracchius* y fue aliada de Bianca hasta que me la cargué. Además, estamos en guerra. Me sorprende que haya tardado tanto en aparecer.

—¡Joder, Harry! Esa tía me pone los pelos de punta.

—Y a mí. —Me agaché y metí una mano por debajo del asiento del conductor. Sentí un rabo peludo, lo agarré y saqué al animalito con todo el cuidado que pude. Era el perrito chalado de la oreja mellada. No me miró, pero seguía gruñendo y moviendo la cabeza de un lado a otro con violencia—. Menos mal que teníamos a este polizón. Si no el vampiro nos podría haber comido a los dos.

—¿Qué lleva en la boca? —preguntó Thomas.

El cachorro soltó lo que estaba mordiendo y cayó al suelo del Escarabajo.

—*Puaj*—dije—. Es la oreja del vampiro. Se le habrá caído cuando le arrojé el agua bendita.

Thomas contempló la oreja en el suelo y se puso un poco verde.

—Se está moviendo.

El cachorro enseñaba los dientes y gruñía dando saltitos con la vista fija en la oreja podrida. La cogí con dos dedos y la tiré. El cachorro gris y negro pareció quedar muy satisfecho con el resultado final. Se sentó y abrió la boca con una sonrisa perruna.

—Menudos reflejos, Harry —dijo Thomas—. Cuando el vampiro se lanzó a por ti, quiero decir. Apabullantes. Eres más rápido que yo. ¿Cómo lo has conseguido?

—No ha sido para tanto. Había oído sus gruñidos y estaba buscando al pesado del chucho cuando sentí como el vampiro se acercaba unos segundos antes de que saltara sobre mí.

—¡*Uau!* —dijo Thomas—. Pues has tenido mucha suerte.

—Sí. Creo que es la primera vez que me pasa.

El cachorro se giró de repente y se quedó mirando el camino por el que se había marchado el vampiro. Volvió a gruñir.

Thomas se puso rígido.

—Oye, Harry, ¿sabes qué?

—No, ¿qué?

—Creo que deberíamos entrar.

Cogí al cachorro y escruté la oscuridad, pero no vi nada.

—Lo mejor de no haber muerto desangrados es que podemos elegir ser prudentes —dije—. Vamos allá.

Thomas y yo entramos en el edificio de apartamentos y encontramos al guardia que debería haber estado en la caseta de fuera, tomándose un café con otro tipo sentado tras una mesa. Cogimos el ascensor para subir al último piso. Solo había dos puertas en el pasillo y Thomas llamó a la más cercana. Mientras esperábamos, escuchamos como la música fluía y palpitaba desde el interior. Habían limpiado la alfombra con algo que olía a la planta boca de dragón. Thomas tuvo que llamar dos veces más hasta que la puerta por fin se abrió.

Una hermosa mujer de unos cuarenta y pocos años apareció en la puerta acompañada por una avalancha de música. Mediría casi un metro setenta y llevaba el pelo castaño oscuro recogido con unos palillos. Sostenía una pila de platos de papel en una mano y un par de copas vacías de plástico en la otra. Llevaba un vestido de punto color esmeralda que le llegaba a las rodillas y que revelaba las curvas de una *pin-up* de la Segunda Guerra Mundial.

Su rostro se iluminó inmediatamente con una sonrisa.

—¡Thomas, qué alegría verte! Justine dijo que te pasarías.

Thomas dio un paso adelante con su brillante sonrisa puesta y besó a la mujer en las dos mejillas.

—Madge —dijo—. Estás estupenda. ¿Qué haces aquí?

—Esta es mi casa —contestó Madge un tanto cortante.

Thomas rió.

—No me digas, ¿por qué?

—El viejo tonto me convenció para que invirtiera en su empresa. Tengo que asegurarme de que no malgasta el dinero. Así lo tengo vigilado.

—Ya —dijo Thomas.

—¿Te ha convencido por fin para que actúes?

Thomas se puso una mano sobre el pecho.

—¿A un pobre colegial como yo? Me sonrojo solo de pensarlo.

Madge rió, no sin cierta maldad, mientras acariciaba con los ojos el bíceps de Thomas. O le gustaba mucho hablar con Thomas o en el pasillo hacía más frío de lo que yo creía.

—¿Quién es tu amigo?

—Madge Shelly, este es Harry Dresden. Lo he traído para que hable de negocios con Arturo. Harry es amigo mío.

—Yo no diría tanto. —Sonreí un poco y le ofrecí la mano.

Intentó liberar una mano de todos aquellos platos y copas, pero acabó excusándose entre risas.

—Ya estrecharemos manos en otra ocasión. ¿Eres actor? —preguntó Madge con ojos inquisitivos.

—«Ser o no ser» —dije—. «La lluvia en Sevilla es una maravilla.»

Sonrió y señaló con la cabeza al cachorro que sostenía en la cara interna de mi antebrazo izquierdo.

—¿Y quién es tu amigo?

—Es el perro sin nombre. Como Clint Eastwood, pero más esponjoso.

Volvió a reír y le dijo a Thomas:

—Ya veo por qué te gusta.

—Es moderadamente divertido —dijo Thomas.

—Y hace horas que debería estar en la cama —dije—. No quisiera parecer insociable, pero tengo que hablar con Arturo antes de que me quede dormido aquí de pie.

—Entiendo —dijo Madge—. La música está muy fuerte en el cuarto de estar. Thomas, ¿por qué no me acompañáis al despacho? Luego os llevaré a Arturo.

—¿Está aquí Justine? —preguntó Thomas. En su voz había una ligera nota de tensión contenida que no creo que Madge notara.

—Por alguna parte anda —dijo sin especificar dónde—. Le diré que has venido.

—Gracias.

Seguimos a Madge por el interior del apartamento. El cuarto de estar estaba tenuemente iluminado, pero pude ver a unas veinte personas entre hombres y mujeres. Algunos bailaban, otros estaban de pie bebiendo, riendo o charlando, como en cualquier fiesta. La habitación estaba llena de humo y solo parte procedía de cigarrillos. Unas luces de colores parpadeaban y cambiaban con la música.

Observé a Thomas mientras atravesaba la habitación. Su forma de caminar cambió ligeramente; lo noté aunque no habría sido capaz de decir en qué exactamente. No es que se moviera más rápidamente, pero sus pasos eran, de alguna manera, más ágiles. Echó un vistazo a la sala con los párpados un poco caídos y comenzó a llamar la atención de todas las mujeres junto a las que pasaba.

A mí no me miraba nadie, ni siquiera con un cachorro durmiendo en el brazo. No es que yo sea Quasimodo ni nada de eso, pero con Thomas caminando por la habitación como si fuera un ángel depredador, yo no tenía nada que hacer.

Una vez atravesamos el cuarto de estar, Madge nos condujo hasta una pequeña habitación con librerías y un escritorio con un ordenador.

—Poneos cómodos, voy a buscarlo —dijo.

—Gracias —contesté y me senté en la silla frente al escritorio. Madge dio media vuelta para marcharse, pero mantuvo los ojos sobre Thomas durante unos segundos más antes de salir. El vampiro de la Corte Blanca se sentó en una esquina del escritorio con expresión ausente—. Pareces pensativo —dije—, y no sé por qué, pero creo que no es bueno. ¿Qué pasa?

—Tengo hambre —dijo Thomas—. Y cosas en las que pensar. Madge es la primera ex mujer de Arturo.

—¿Y monta una fiesta para él? —pregunté.

—Ya, el caso es que nunca me pareció que le tuviera especial cariño.

—¿A qué se refería con lo de la inversión?

Thomas se encogió de hombros.

—Arturo dejó su puesto en un gran estudio de la Costa Oeste para fundar el suyo propio. Madge es muy práctica. Es el tipo de persona que aunque desprecie a alguien, es capaz de actuar como una profesional y trabajar con esa persona, sin negarle además su talento. Si cree que el negocio será rentable, no le preocupa quién lo dirija, aunque no lo soporte. No sería raro que invirtiera dinero en la nueva empresa de Arturo.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Pues no lo sé —dijo Thomas—. De siete cifras, quizá más. Ya le pediré a alguien que lo averigüe.

Silbé.

—Es mucha pasta.

—Supongo —dijo. Thomas era tan rico que seguramente no tenía muy claro cuál era el valor exacto de un dólar.

Iba a hacerle más preguntas, pero la puerta se abrió y un hombre alto y fuerte, de unos cincuenta años, entró en el despacho. Iba vestido con pantalones negros y una camisa gris de seda con las mangas subidas. En su pelo relucían magníficos mechones plateados que enmarcaban un rostro fuerte, con una barba oscura y corta. Estaba moreno, su piel parecía surcada de líneas más pálidas en torno a los ojos y la boca, y sus ojos eran grandes, oscuros y de mirada inteligente.

—¡Tommy! —gritó mientras se acercaba a Thomas—. Esperaba verte esta noche. —Habla con marcado acento griego. Dio unas palmadas con ambas

manos en los hombros de Thomas y lo besó en las mejillas—. Estás estupendo, Tommy, estupendo de verdad. Deberías trabajar para mí, ¿eh?

—No doy bien en cámara —contestó Thomas—. Pero yo también me alegro de verte. Arturo Genosa, este es Harry Dresden, el hombre del que te he hablado.

Arturo me miró de arriba abajo.

—¡Qué alto es el cabrón!

—Nunca dejé cereales en el plato —dije.

—Hola, perrito —dijo Arturo y rascó al cachorro detrás de la oreja. El perro bostezó, lamió la mano de Arturo y volvió a dormirse enseguida—. ¿Es suyo?

—De momento —dije—. Lo he recuperado para un cliente.

Arturo asintió pensativo.

—¿Sabe lo que es un *strega*, señor Dresden?

—Un practicante de la brujería popular italiana —respondí—. Adivinaciones, pociones de amor, ritos de fertilidad y protecciones. También pueden echar mano de un nutrido surtido de maldiciones con una técnica que denominan *malocchio*. Mal de ojo.

Alzó las cejas sorprendido.

—Veo que conoce su oficio, ¿eh?

—Solo lo justo para meterme en líos —dije.

—¿Cree en ello?

—¿En el mal de ojo?

—Sí.

—Cosas más raras se han visto.

Arturo asintió.

—¿Le dijo Tommy lo que necesito?

—Me contó que le preocupaba una posible maldición. Que gente cercana a usted había muerto.

Arturo pareció titubear por un momento y vi como la tristeza minaba su confianza.

—Sí. Dos mujeres. Buenas personas, las dos.

—Ya —dije—. Suponiendo que todo eso se deba a una maldición, ¿por qué cree que va dirigida a usted?

—Ellas dos no tenían ningún tipo de relación —dijo Arturo—. Hasta donde yo sé, soy lo único que tenían en común. —Abrió un cajón del escritorio y sacó un par de carpetas de papel manila—. Informes —dijo—. Información sobre sus muertes. Tommy dice que quizá me pueda ayudar.

—Quizá —admití—. ¿Qué motivos podría tener alguien para lanzarle una maldición?

—El estudio —dijo Arturo—. Hay alguien empeñado en que esta empresa no despegue, en acabar con ella antes de que ruede su primera película.

—¿Qué quiere de mí?

—Protección —dijo Arturo—. Necesito que proteja al equipo de rodaje durante la filmación. No quiero que muera nadie más.

Fruncí el ceño.

—Va a ser complicado. ¿Tiene idea de quién quiere detener la producción?

Arturo me miró contrariado y se acercó a un armarito. Lo abrió y sacó una botella de vino que ya estaba abierta. Tiró del corcho con los dientes y dio un trago.

—Si lo supiera, no tendría que contratar a un detective.

Me encogí de hombros.

—Soy mago, no adivino. ¿Sospecha de alguien? ¿A quién le interesa que usted fracase?

—A Lucille —intervino Thomas.

Arturo miró a Thomas furioso.

—¿Quién es Lucille? —pregunté.

—Mi segunda ex mujer —contestó Arturo—. Lucille Delarossa. Pero ella no tiene nada que ver.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté.

—No sería capaz —argumentó—. Estoy seguro.

—¿Por qué?

Negó con la cabeza y se quedó mirando la botella de vino.

—Lucille... bueno. Digamos que no me casé con ella por su intelecto.

—No es necesario ser listo para reaccionar de manera hostil —dije, aunque no podía recordar la última vez que alguien tonto había utilizado una magia tan poderosa—. ¿Alguien más? ¿Tiene por ahí alguna otra ex mujer?

Arturo agitó una mano mientras respondía:

—Tricia no querría detener la película.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Es la protagonista.